

¿Qué significa amar además de amar? Un estudio sobre las representaciones sociales del amor y los vínculos afectivos.

María Agustina Renzulli Villarreal.

Cita:

María Agustina Renzulli Villarreal (2013). *¿Qué significa amar además de amar? Un estudio sobre las representaciones sociales del amor y los vínculos afectivos. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/624>

X Jornadas de Sociología de la UBA.

20 años de pensar y repensar la sociología. Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el siglo XXI// 1 a 6 de Julio de 2013

Mesa 64 “*Género, división sexual del trabajo y equidad. Reconfiguraciones sociopolíticas y Académico-Científicas*”

Título: *¿Qué significa amar además de amar?* Un estudio sobre las representaciones sociales del amor y los vínculos afectivos.

Autora: Renzulli, María Agustina

Pertenencia institucional: Universidad Nacional del Litoral

Introducción

La presente ponencia constituye un esfuerzo de síntesis de mi tesis de grado para obtener el título de Licenciada en Sociología en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral.

Abordar sociológicamente los relatos sobre el amor bajo el contexto de sociedades contemporáneas, es el tema principal de este trabajo. Planteado en forma de pregunta, interesa indagar: ¿cómo se construyen en las sociedades contemporáneas relatos acerca del amor y los vínculos afectivos? Problemática de interés que persigue un objetivo general: describir los contenidos de las representaciones sociales sobre el amor y los vínculos afectivos, en hombres y mujeres de distintos grupos étnicos y capitales culturales, residentes en la Ciudad de Santa Fe.

Objetivo general que encierra una hipótesis general de trabajo: los significados que los individuos construyen sobre el amor varían de acuerdo a tres fuentes de regulación o dimensiones institucionales: la *pertenencia generacional*, el *género* y el *capital cultural*.

Dadas nuestras preguntas, hipótesis y objetivos de investigación, consideramos que el aporte teórico de los sociólogos europeos contemporáneos constituye la “lente” más adecuada para indagar empíricamente los cambios referentes al amor, la intimidad y los vínculos de pareja¹; atendiendo a su especificidad histórica en el contexto social actual y local. Así pues, Anthony Giddens, Ulrich Beck y Norbert Elías configuran nuestro “marco de referencia” principal a la luz del cual analizaremos e interpretaremos (re-interpretaremos) los relatos del amor, más concretamente, a la luz del cual intentaremos dar respuesta a ¿cómo son construidos los relatos sobre el amor y los vínculos afectivos por hombres y mujeres en la actualidad?

De este modo, la indagación sobre los relatos acerca del amor y los vínculos amorosos, se asienta sobre el telón de fondo de los diagnósticos que -sobre las sociedades actuales- han

¹ Es preciso señalar que esta elección supone asumir una manera específica de entender los cambios, como emergencia de nuevos arreglos institucionales y no necesariamente como declive del entramado institucional de la primera modernidad. Consideramos que estos últimos diagnósticos conllevan una mirada centrada en crisis y discontinuidades, evaluando, con ello, a la estructura social actual como un tipo distinto de organización social. En esta investigación entendemos, antes bien, que la segunda modernidad es una nueva estructura regulatoria que mantiene, no obstante, *continuidades* con las dimensiones institucionales de la modernidad. Como dice Giddens (2004), no hemos ido “más allá” de la modernidad, sino que estamos viviendo una fase de “radicalización” de sus consecuencias.

elaborado los principales referentes contemporáneos de la sociología. Una de las preguntas que estas descripciones refiere es ¿cómo se relacionan los cambios en las instituciones modernas con los cambios en la subjetividad? O bien ¿qué nos dicen y expresan las transformaciones en la intimidad acerca de las transformaciones de la modernidad?

En este sentido, y en lo que respecta a la fundamentación o justificación de la investigación, nuestra problemática tiene valor teórico fundamental. Por un lado, porque si recuperamos lo que plantea Anthony Giddens acerca de que no se puede reflexionar sociológicamente sobre las transformaciones de las instituciones modernas desarticuladas de los cambios en la subjetividad (Giddens, 1997), es que consideramos que el estudio de la intimidad, y más concretamente del amor, constituye un ángulo de entrada privilegiado para la comprensión de los cambios socio-estructurales actuales. Por otro lado, porque aporta una mirada sociológica sobre un fenómeno poco estudiado o comúnmente considerado “privativo” de otras disciplinas.

En cuanto a la estructura de los contenidos, la tarea expositiva de la ponencia ha sido organizada en cuatro grandes apartados. En el primero, se describen brevemente las herramientas metodológicas seleccionadas detallando: las unidades de análisis, el tipo de muestra, las técnicas para recabar los datos y el tipo de análisis utilizado. En el segundo, explicitamos nuestra clave interpretativa, o, lo que es lo mismo, ¿desde que “gafas teóricas” observamos e interpretamos- los discursos del amor? Los resultados o hallazgos se delinear en un tercer apartado y, finalmente, se detallan las conclusiones.

Herramientas metodológicas

En esta investigación se parte de un diseño *flexible*, basado en una estrategia *descriptiva-comparativa* de investigación.

La estrategia descriptiva-comparativa en esta investigación está dada por la búsqueda permanente, a lo largo de toda la tesina, de dar cuenta de las similitudes y diferencias que encontramos en los discursos del amor en relación a ciertos atributos.

a) ¿Qué vamos a observar?

En este sentido, el *tipo de muestra* fue intencionada o basada en criterios, es decir, fue una muestra controlada o dirigida donde más que la representatividad lo que se busco fue lograr homogeneidad interna, es decir que además de cumplir con los tres criterios de selección sean individuos que compartan ciertas características necesarias, como la misma nacionalidad, lugar de residencia, etc. Otro de los principios que guió el muestreo, fue el principio de saturación de datos. Es decir, cuando los relatos de los entrevistados no aportaban nueva información y éstos comenzaban a reiterarse.

La muestra quedó finalmente conformada por 27² casos, la *unidad de análisis* fueron los individuos y el *universo de análisis* estuvo compuesto por hombres y mujeres de edades comprendidas entre los 30 y 40 años de edad y 70 y 80 años de edad, residentes en la ciudad de Santa Fe y con diferentes niveles educativos.

² Consideramos importante mencionar que si bien la muestra quedo conformada por 27 casos, se hicieron en total 35 entrevistas. La decisión de no incluir en el análisis algunos casos, responde a que algunas fueron entrevistas fallidas, otras no funcionaron ya sea porque el lugar pautado para el encuentro (lugar de trabajo, por ejemplo) muchas veces intimidaba a los informantes o bien porque la problemática en estudio los afecto anímicamente. Asimismo, 4 de las entrevistas fueron efectuadas bajo el objetivo de controlar algunos de los hallazgos obtenidos en campo. Por otra parte, resulta interesante aclarar que entre los casos analizados se incluyeron dos entrevistas efectuadas a parejas de entre 70 y 80 años de edad con diferentes niveles educativos.

b) En cuanto a la *selección de los casos u observaciones*, esta se efectuó a partir de tres atributos ya mencionados:

1) La **pertenencia generacional**, indagada a partir de dos cohortes de edad: aquellos individuos nacidos entre 1930 y 1940 – en el marco de lo que Beck denomina la Primera Modernidad-, y aquellos nacidos entre 1970 y 1980 – en el marco de lo que Beck denomina la Segunda Modernidad. De este modo, cuando seleccionamos como unidad de análisis a hombres y mujeres de 30 a 40 años de edad y de 70 a 80 años de edad, queremos deshacernos de la marca biológica; son personas que han heredado contextos socio-históricos distintos y que, por lo tanto, han aprendido e internalizado formas de vida diferentes. Esta mirada de la dimensión generacional se apoya en la concepción sociológica de Karl Mannheim, quien afirma que *lo que la constituye primariamente [a la generación] es la posibilidad, que en ese periodo se adquiere, de participar en los mismos sucesos, en los mismos contenidos vitales; más aún, la posibilidad de hacerlo a partir de la misma modalidad de estratificación de la conciencia* (Mannheim, 1993: 216).

La estratificación de la conciencia o de la vivencia, refiere a la posibilidad (e imposibilidad) de participar de ciertas modalidades y experiencias dentro del ámbito histórico-social, debido a la proximidad de los años de nacimiento. Posición generacional que, como dice Mannheim, contiene posibilidades potenciales *-limita y habilita el terreno de juego*, reduce el “radio de acción”- a ciertos modos de conducta, sentimientos y pensamientos.

2) El **género**, indagado a partir del sexo: hombre y mujer. Este es otro eje importante, en tanto se espera que ser hombre o mujer, revele un posicionamiento subjetivo distinto frente a los mismos condicionamientos sociales de una época. Como sostiene Margulis, el género remite a las regulaciones de tipo cultural, *al modo en que cada cultura ha ido definiendo históricamente los comportamientos esperados y el lugar social de hombres y mujeres* (Margulis, 2003: 28). Es un concepto que, como señala Bourdieu (2007), estructura la percepción y la organización, concreta y simbólica de toda la vida social. En otras palabras, es una forma de ordenamiento del pensamiento y la práctica social, producto de un trabajo continuado (histórico) de producción y reproducción al que contribuyen los sujetos.

En esta investigación, rechazamos entonces varios supuestos: género no es sinónimo de mujer, acepción que se relaciona con la acogida política del tema (Scott, 1990); género no es sinónimo de sexo, concepto que pone el acento en los condicionamientos de origen biológico y anatómico; género, por último, no es algo dado sino repetidamente construido, contextualmente definido y problemático. Estas tres acepciones merecen ser brevemente explicitadas.

3) El **capital cultural**, indagado a partir del nivel educativo: profesionales y no profesionales. Y esto también merece ser explicitado. Cuando indagamos el capital cultural a través del grado de profesionalización, no estamos apoyándonos meramente en un indicador socio-demográfico. El capital cultural, como dice Bourdieu, *es un principio de diferenciación casi tan poderoso como el capital económico* (Bourdieu, 2008: 69-70). Es, en efecto, un condicionante social – y una fuente de desigualdad- de la estructura del espacio social. Tomar en cuenta esta dimensión implica, por lo tanto, asumir que el capital cultural no existe sólo en estado institucionalizado (objetivado en un título académico) sino y fundamentalmente, como capital incorporado *-ligado al cuerpo-* y, por lo tanto, formando parte del sistema de preferencias (habitus) y diferencias que producen y reproducen la desigualdad social.

Así pues, cuando seleccionamos intencionalmente individuos con diferentes capitales culturales captados por su nivel de escolaridad, esperamos aquí también encontrar un

posicionamiento subjetivo distinto frente a los mismos condicionantes sociales de una época. Son individuos que, en virtud del capital cultural heredado y adquirido, se disponen al amor de una manera distintiva y singular. Como señala Bourdieu, las preferencias manifestadas son la afirmación práctica de una diferencia inevitable (Bourdieu, 2000:53), esto es, de una condición particular de existencia.

Variables Independientes			Número de entrevistas
GENERACIÓN	GÉNERO	CAPITAL CULTURAL	
COHORTE	SEXO	NIVEL EDUCATIVO	
Nacidos entre 1970-1980	HOMBRE	PROFESIONAL	3
	MUJER		3
	HOMBRE	NO PROFESIONAL	3
	MUJER		3
Nacidos entre 1930-1940	HOMBRE	PROFESIONAL	3
	MUJER		4
	HOMBRE	NO PROFESIONAL	4
	MUJER		4
TOTAL			27

c) ¿Cómo accedimos a los datos?

En cuanto al *instrumento de recolección*, trabajamos con datos primarios obtenidos a partir de entrevistas semi-estructuradas conformadas por un conjunto de preguntas abiertas. Teniendo en cuenta los objetivos y preguntas de investigación, consideramos que este método de recolección de datos era el más apropiado, en tanto nos permitiría enfatizar en la experiencia de las personas y el significado que le otorgan en sus vidas, sucesos y procesos. Tal como sostiene Sautu, en la investigación cualitativa *los agentes sociales ocupan el lugar central del escenario de la investigación: sus percepciones, ideas, emociones e interpretaciones, constituyen la investigación misma estén estos plasmados en un texto ya existente, en una fotografía o en los relatos de una entrevista abierta* (Sautu, 2003: 71).

d) ¿Cómo analizamos los datos?

El análisis de los datos³ se realizó por comparación sistemática (Pantelides, Geldstein e Infesta, 1995) de las transcripciones textuales de las entrevistas. Es decir, y teniendo en cuenta las hipótesis específicas de investigación, comparamos aquellos discursos que reunían las mismas características según generación, según género y según capital cultural conformando ocho grupos bajo análisis.

³ Cabe aclarar que esta etapa fue llevada a cabo en forma simultánea con la recolección de datos, la interpretación y escritura de la tesis.

Así pues, y guiados por el interrogante: ¿qué significados comunes se ocultan tras la apariencia de singularidad en los relatos del amor? construimos guías o claves de lectura de los discursos del amor. En otras palabras, construimos categorías de análisis a la luz de las cuales interpretamos (re-interpretamos) los contenidos del amor.

El objetivo principal que perseguimos con el análisis de la información consiste en proporcionar una descripción densa, identificando regularidades en las expectativas que sobre el amor construyen hombres y mujeres de diferentes edades y con diferentes capitales educativos; significados respecto al amor y los vínculos afectivos que fueron indagados a la luz de un concepto sociológico central: el concepto de *representación social*.

d) ¿Qué entendemos por representación social?

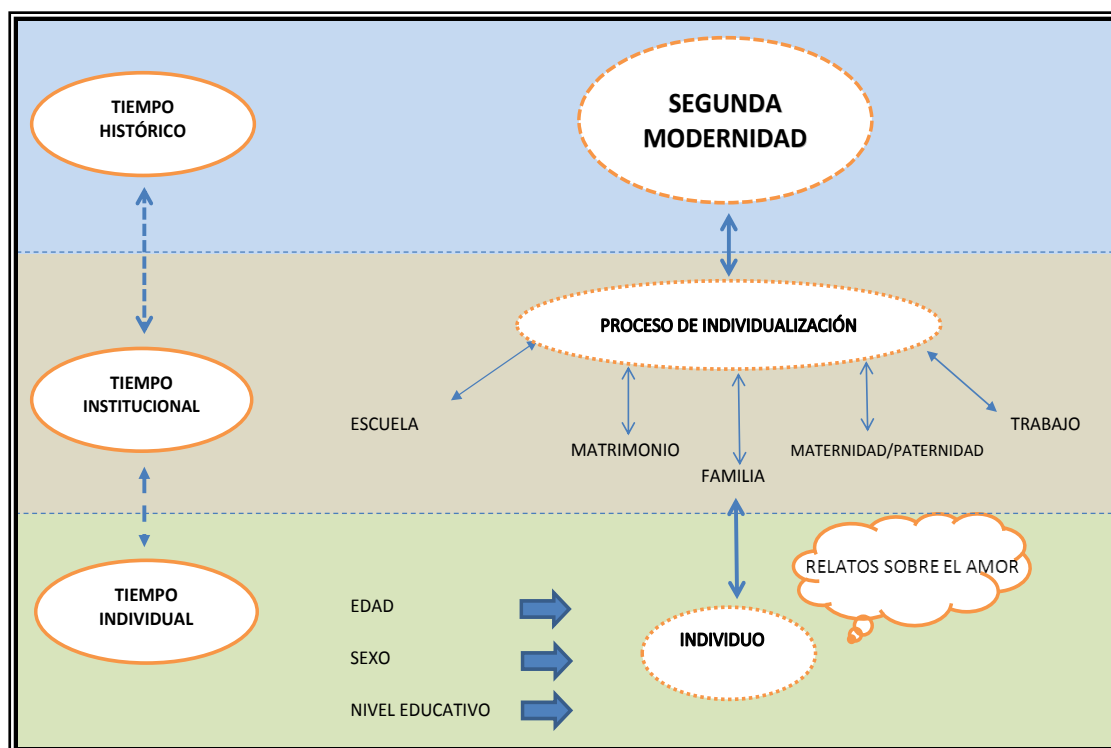
Se utilizó como herramienta analítica el concepto de representación social propuesto por el enfoque moderno de la Escuela Francesa de Psicología Social a través de Serge Moscovici (1961) como principal referente y autores como Denise Jodelet, María Auxiliadora Banchs, y Jean-Claude Abric, quienes retoman sus propuestas.

La elección de este marco interpretativo se debe fundamentalmente a que, como señala Araya Umaña (2002), la teoría de las representaciones sociales de Serge Moscovici constituye una nueva unidad de enfoque que unifica e integra lo individual y lo colectivo, lo simbólico y lo social, el pensamiento y la acción. Es, por lo tanto, una perspectiva valiosa para cualquier enfoque sociológico -como el que aquí se intenta mantener- que interprete lo social y lo individual como dos categorías indisolubles, dónde uno no existe sin el otro, dónde -agregaría Elías- la forma individual es al mismo tiempo una forma social.

Brevemente expuesto, podemos afirmar que para Serge Moscovici, enfatizar sobre el carácter social de la representación desplaza el acento hacia la interacción, hacia el fenómeno tanto de transmisión (o adquisición) como de producción (o generación) de las representaciones. Es por lo tanto, subrayar el hecho de que ellas son elaboradas permanentemente, en el curso del proceso de comunicación e intercambio. En palabras del psicólogo francés, son fenómenos ligados con una forma particular de adquirir y transmitir conocimiento, *circulan, se cruzan y se cristalizan sin cesar en nuestro universo cotidiano a través de una palabra, un gesto, un encuentro. (...) sabemos que corresponden, por una parte, a la sustancia simbólica que entra en su elaboración y, por otra, a la práctica que produce dicha sustancia* (Moscovici, 2002: 2/6) Pues bien, desde la perspectiva teórica moscoviciana, no hay representación sin comunicación. La representación social o visión de la realidad que se forman las personas sobre un objeto material o simbólico relevante, no constituye un proceso individual sino social; es por lo tanto, resultado de una construcción intersubjetiva, fruto del actuar recíproco de los individuos. Éstos, además, no son concebidos como meros receptores pasivos, sino como *agentes reflexivos*, dinámicos y constructivos, con poder de *obrar*, de producir y comunicar constantemente representaciones, esto es, de producir y comunicar sentidos, de *intervenir en el mundo* (Giddens, 2006a).

Clave interpretativa

Como lo hemos expuesto más arriba, en esta investigación, se parte de la conjetura inicial de que las representaciones sociales sobre el amor serán diferentes según tres fuentes de desigualdad: la generación, el género y el capital cultural. Defendemos asimismo la tesis según la cual, la construcción social del amor ha sido una tarea constante -un fenómeno permanente y susceptible de análisis e interpretación en distintas épocas históricas-, pero cuyos contenidos han variado en cada **tiempo histórico**. Así pues, sostenemos que hombres y mujeres se disponen al amor según ciertas reglas heredadas y transmitidas socialmente, esto es, en relación a un **tiempo institucional** que le indica, como una suerte de brújula social, cómo debe (y no debe) orientarse en el terreno del amor, de acuerdo a su experiencia o situación personal, es decir, de acuerdo a su **tiempo individual**. Vemos entonces como la relación entre cambio histórico, cambio institucional y cambio individual, es el eje interpretativo elegido en esta investigación que, a modo ilustrativo, lo representamos en el siguiente gráfico:



Fuente: Elaboración propia

Partiendo del análisis del tiempo histórico y a luz de nuestro marco de referencia, abrimos la hipótesis según la cual: con el pasaje de lo que Ulrich Beck (2001) denomina el orden social de la **primera modernidad** a la **segunda modernidad**, se producen transformaciones significativas en los patrones de formación, permanencia y disolución de las parejas. Estas transformaciones, señala Cosse (2010), expresaron más una redefinición del significado de las uniones que una desvalorización de la relación estable y heterosexual como espacio aceptado para la sexualidad, la reproducción y la vida cotidiana. Por lo tanto, lo que se empezó a cuestionar no fue la validez del matrimonio como institución, sino más bien, el modelo conyugal imperante -el doméstico- basado en la complementariedad de los roles de género. Los cambios se expresan entonces en dos dimensiones: en las expectativas y

aspiraciones depositadas en la pareja y en la valoración del matrimonio como institución: *el valor otorgado al compañerismo en la pareja (legitimada o no por el casamiento) se potenció, pero también se potenciaron los conflictos derivados de las expectativas de igualdad entre mujer y varón* (Cosse, 2010: 116).

Esto último puede ser entendido como una consecuencia no advertida (no buscada) del proceso de individualización. Como sostienen Beck y Beck- Gernsheim, si bien este proceso sobrevino con el advenimiento de la modernidad, se ha convertido en la estructura social de la segunda sociedad moderna, se ha institucionalizado. El individualismo institucionalizado: *significa que las instituciones cardinales de la sociedad moderna -los derechos civiles, políticos, sociales pero también el empleo remunerado y la formación y movilidad que este conlleva- están orientadas al individuo y no al grupo* (Beck y Beck- Gernsheim, 2003: 30)

Al decir de estos autores, el tipo occidental de sociedad individualizada nos habla de la necesidad de buscar soluciones biográficas a contradicciones sistémicas, es decir, los individuos *desincrustados* de los marcos de referencia tradicionales, deben dar respuesta por sí mismos a los problemas globales, deben convertirse en los *legisladores de sus propias formas de vida, en los jueces de sus errores, en los sacerdotes que perdonan su culpa, en los terapeutas que aflojan y desatan las cadenas del pasado. Pero también en los vengadores que se desquitan de ofensas sufridas* (Beck y Beck- Gernsheim, 2001: 20). Son, podríamos agregar, los *artesanos* de su propia identidad, tratando de mantener una crónica biográfica coherente con todas las inseguridades y responsabilidades que esto conlleva.

Uno de los primeros cambios que hay que destacar en este proceso de evolución en términos de Norbert Elias (1993), es la atenuación de las diferencias de género, sobre todo en lo que respecta a los roles de género. Como comparten los sociólogos contemporáneos, el modelo de familia ideal durante la Primera Modernidad, era el de la familia nuclear, regido por un modelo de roles genéricos complementarios y espacios de sociabilidad segregados, donde las funciones y responsabilidades estaban claramente preestablecidas. Hoy en día, los teóricos sociales coinciden en señalar la emergencia de un movimiento *democratizador*, donde hombres y mujeres diseñan y proyectan su trayectoria vital con las mismas posibilidades y compromisos. Mientras que la identidad femenina ya no está asociada necesariamente al rol de *esposa y madre* y una pertenencia exclusiva al ámbito doméstico, la condición masculina – la *hombría*- ya no se está determinada únicamente por el rol de proveedor económico (exclusivo) del hogar, con lo *público* como su espacio de pertenencia. Los modelos tradicionales hegemónicos de femineidad y masculinidad se han debilitado.

Cabe entonces mencionar aquí la tesis según la cual las iguales oportunidades en términos de educación, preparación para el trabajo, incorporación laboral, iniciación sexual y formación y educación sentimental para ambos sexos, han tenido repercusiones en las relaciones entre hombres y mujeres, en las expectativas de la vida en pareja y en los patrones de creación o mantenimiento de la misma. Esto es así, ya que si se piensa en términos de tiempo histórico, con el pasaje de la mujer del mundo de lo privado y doméstico al ámbito público, y por consiguiente, el quiebre del modelo del hombre como único y exclusivo proveedor de ingresos al hogar, ¿qué sucede con ese saber acumulado respecto a cómo ser pareja?

Desde un punto de vista sociológico, sostenemos que la preparación para la vida en pareja está en función de la formas de socialización que tanto hombres como mujeres han recibido. Sin embargo, las mujeres y hombres adultos contemporáneos, hombres y mujeres que hoy tienen entre 30 y 40 años de edad, carecen de ese conocimiento, de esa *sabiduría* con respecto a qué se puede y se debe esperar de una relación de pareja, es decir, carecen de

ese mecanismo de socialización intergeneracional (o psicogénesis en términos eliasianos) basado en *un modelo* de amor *único, exclusivo y diferenciado* que han tenido las generaciones anteriores, que nacieron y crecieron en el contexto de la Primera Modernidad. Pues bien, en la medida en que los roles de géneros complementarios y pre-establecidos se han resquebrajado, ya no existe un único referente, una única manera de relacionarse amorosamente.

En este marco, el amor se transforma en un bricolage, un trabajo personal donde no hay reglas fijas ni predeterminadas, donde cada uno -hombres y mujeres- le imprimen su sello propio y lo pueden hacer disponiendo de canciones de amor, guiones de telenovelas, consejos de terapeutas, libros de autoayuda, reglamentaciones jurídicas, revistas del corazón y publicidades comerciales, teniendo la satisfacción que una vez concluida la obra, uno puede decir *lo he hecho yo, a gusto y piacere*⁴. Asimismo, el *producto final*, resultado de ese conjunto de piezas unidas, es una construcción que cambia y toma nuevas formas a medida que se le agregan nuevos contenidos, técnicas o estilos.

Lo novedoso de las últimas décadas, radica entonces en la transformación del romanticismo poético del amor-odio. Hoy, somos intérpretes de una nueva forma de regulación de las maneras de sentir; somos testigos y protagonistas de un nuevo relato acerca del amor que se enfrenta con los ideales del amor romántico: el amor confluyente.

El amor confluyente se caracteriza por ser un amor contingente, y por lo tanto *inseguro e incierto* que choca con las expresiones de *para siempre, solo y único* propios del amor romántico; tiene su fundamento en sí mismo, y por ende, en los individuos que lo viven y en las exigencias de realización personal; presupone una igualdad en el dar y recibir emocional a la vez que una reciprocidad en el placer sexual. No es necesariamente un amor monógamo, en el sentido de exclusividad sexual, y no tiene una relación específica con la heterosexualidad. No conoce de orientaciones externas (Giddens, 2006b y Beck y Beck-Gernsheim, 2001).

La emergencia de esta nueva forma de vínculo amoroso va aparejada a la consolidación de la pura relación. En *Modernidad e Identidad del Yo* (1997) Anthony Giddens esboza las principales características de la misma sosteniendo que se establece por iniciativa propia y solo perdura *hasta nuevo aviso*, en tanto las partes se sientan satisfechas. La relación pura está organizada reflejamente, es decir, estrechamente vinculada con el proyecto reflejo del yo, lo cual implica el mantenimiento de una crónica biográfica coherente, donde el auto-examen, la auto-evaluación de la relación y de uno mismo son centrales.

Asimismo, asegura Giddens, la *entrega* es fundamental. Esto supone que el individuo está dispuesto a correr riesgos y no tiene certeza alguna de cómo puede resultar la relación, no obstante esto, está dispuesto a *apostar* en ella. En este sentido, la entrega supone un acuerdo

⁴ Leemos notas sobre ¿Cómo seguir una relación tras una infidelidad?, repasamos las cinco Reglas para aprender a discutir; nos asesoramos sobre, Los beneficios del divorcio internacional; consumimos servicios de Spa para Enamorados: especialmente diseñado para celebrar esa ocasión; concurrimos a obras de teatro que nos muestran ¿Cómo evitar enamorarse de un pelotudo? El manual de la sobrevivencia; escuchamos canciones de amor que nos enseñan Como hacer a un lado el pasado; vemos películas cuyo título nos recuerda a ese tan temido fracaso amoroso, No sos vos, soy yo y leemos incansablemente libros de autoayuda sobre Las mujeres que aman demasiado. Cómo cambiar nuestra manera de amar y así dejar de sufrir. Y por si esto fuese poco, vemos proliferar noticias sobre el "Matrimonio a la Argentina", Las parejas porteñas sin papeles ya representan más de la cuarta parte del total de uniones. Página 12 (16 de Abril, 2007); "Los divorcios van en aumento", Diario Uno (16 de Marzo, 2009) "Con la salida de la crisis, la gente se divorcia más", Perfil.com (6 de Noviembre, 2010); "Se acortan los noviazgos y aumentan las convivencias", Nuevas parejas. En los últimos 30 años se cuadruplicó la cantidad de parejas que conviven sin casarse en la Capital. Diario Clarín (12 de Junio, 2011), "Los papeles no te unen más", Diario Clarín (12 de Junio, 2011) y "Fobicos al amor". Buscan parejas, fracasan en el intento y son cada vez mas". Diario Clarin (20 de Noviembre, 2011).

mutuo de reciprocidad, es decir, de recompensas compartidas: hoy por mí, mañana por ti, de esto se trata.

Jean-Claude Kaufmann sostiene al respecto que *la entrega personal puede ser analizada como una economía general de las relaciones conyugales, de la cual los actores no son, o son solo apenas, conscientes* (Kaufmann 1999: 227). Sin embargo, este automatismo de la acción, esta suerte de imposición interna que hace que *todo se de en forma natural*, está socialmente producido e individualmente controlado, de modo tal que la entrega personal no es realizada ciegamente, y *no consiste tanto en recibir cuanto en motivar la entrega del otro* (Kaufmann 1999: 229), esto es, en esperar una contraentrega.

La relación pura supone también, la construcción de una “historia compartida”, esto es, la creación, mantenimiento e integración de los calendarios del plan de vida de los implicados. Por lo tanto, *en una relación pura el individuo no se limita a <<reconocer al otro>> (...) la identidad del yo se logra más bien superando procesos de exploración propia ligados entre sí y mediante el desarrollo de la intimidad con el otro* (Giddens, 1997: 126).

La intimidad y la confianza mutua son otras dos condiciones importantes. Tanto una como la otra, al igual que otros aspectos de la pura relación, han de conseguirse con esfuerzo. Requieren de la apertura hacia el otro y suponen un equilibrio entre autonomía y participación de sentimientos y experiencias. La confianza igualmente, está ligada al mantenimiento de una conducta coherente: ser capaz de obtener de él/ella cierto tipo de respuestas deseadas.

En estas circunstancias, señalan Beck y Beck-Gernsheim (2001), el amor se hace cada vez más necesario y a la vez imposible; el paraíso y el terror se unen en el ideal de la relación amorosa, son las dos caras del nuevo modelo sentimental. Las personas se casan y se divorcian por amor, cohabitan y piden *un tiempo* por amor, tienen hijos y postergan la maternidad/paternidad por amor, todo ello, fruto de las expectativas y exigencias depositadas en el amor. De modo que, la extensión de los valores modernos de autonomía personal, de libre elección de la pareja en base a los sentimientos y afectos personales, tiene su contratara: la libertad de romper los vínculos cuando el amor se acaba. En esta dirección, señala Bourdieu (2007) el amor puro, *amor loco* como dice el sociólogo, es intrínsecamente frágil y está incesantemente amenazado debido a las exigencias excesivas que se asocian a él.

Esto último, de ningún modo debe ser interpretado como una anarquía creciente y un rechazo a cualquier tipo de unión. Aun cuando se cuestionan los modelos de matrimonio y familia, los individuos, en su mayoría, no aspiran a tener una vida sin vínculos (Beck y Beck-Gernsheim, 2001). De aquí sostenemos que si bien los criterios de selectividad e ideal de pareja se han modificado, la soledad y la soltería, el matrimonio y la convivencia, son situaciones de las cuales se puede *salir y entrar* y existe la posibilidad siempre abierta de empezar de nuevo y lograr lo que no se pudo con la pareja anterior.

De modo que, la necesidad de compartir la intimidad crece con las pérdidas que regala la individualización: cuanto más débiles se tornan los vínculos tradicionales, tanto más importantes se vuelven las personas más próximas (Beck y Beck-Gernsheim, 2001). Así, hombres y mujeres ensayan nuevas formas de convivencia, cuyo fin y resultado no es posible prever, pero todas las equivocaciones sufridas conllevan a un nuevo experimento que cumpla con lo no cumplido con el anterior. En este escenario, arriesgarse y renunciar a los deseos personales por amor pareciera que *no está bien visto*, pero ser feliz con una pareja es lo que todos esperan en su intimidad.

De manera que, de una concepción del matrimonio basada en la fórmula de *hasta que la muerte nos separe*, se pasa a una concepción del matrimonio de *hasta que nos amemos* (nos comprendamos, nos entendamos, etc.). Pues bien, vivimos en la *sociedad de los casamientos y los divorcios*, dónde impera la régimen del *por si acaso*, de solteros *incasables* y de casados preparados para el divorcio con contratos prenupciales, pero también de nuevas uniones y modelos ideales de pareja -como las convivencias sin matrimonio y los matrimonios sin convivencia, de parejas que conviven pero en cama separadas y de parejas que no cohabitan pero duermen juntas- debido a las esperanzas que se depositan en el amor y en el deseo de realizarse como pareja. El desafío contemporáneo consiste de este modo, en poder conciliar el deseo de formar una unión estable con el deseo de crecimiento personal, hasta tal punto que, para que un individuo contraiga matrimonio lo que ha de hacer es encontrar una pareja idónea según criterios autoreferenciales.

Y esto que aparece en el relato de la autoexperiencia como una elección individual, responde también a condiciones socio-estructurales y a la acción regulatoria de un entramado institucional específico: *la destradicionalización y desmoralización del amor, la retirada del Derecho y de la Iglesia de su pretensión de controlar la intimidad, las obligaciones económicas, construir una biografía propia y mantenerla en contra de las exigencias de las personas más próximas, más queridas; en resumen, las numerosas necesidades de liberarse de los roles tradicionales de mujer y hombre* (Beck y Beck- Gernsheim, 2001: 239).

El amor disociado de los roles de género preestablecidos, se vuelve caótico. Sin embargo, este caos, se convierte en algo normal (Beck y Beck-Gernsheim, 2001), se regulariza y se vuelve más o menos predecible, se convierte en la estructura social de la segunda modernidad.

El amor destradicionalizado implica de este modo, una auto-responsabilidad radicalizada, supone una auto-legislación y autofundamentación donde todo está sujeto a la negociación y re-negociación de las partes involucradas; las prácticas, el procedimiento, están sometido a la decisión de los amantes. Por lo tanto, el cómo se ama, cuánto se ama, qué significa el amor y cómo se mide, son parámetros y decisiones que los amantes acuerdan y negocian –no sin costos- en su intimidad. Los límites y abismos, son una invención subjetiva y justamente por ello pueden ser quebrados y reconstruidos. Como dicen Beck y Beck-Gernsheim (2001), en el terreno amoroso, la libertad es una libertad condicionada hasta nuevo aviso: la ley es la ausencia de ley.

Ahora bien, ¿cómo explicar la simultaneidad con la que hombres y mujeres -aparentemente libres y conducidos por su autoentendimiento- trastocan sus situaciones de vida? Estas decisiones aparentemente *libres* que pertenecen a la esfera de lo íntimo, están siendo reguladas por instituciones que han cambiado de contenido en los contextos actuales. De forma tal que, lo que ocurre en lo privado y se le presenta al individuo como una *decisión personal*, refleja un contexto socio histórico determinado que existe independientemente de la voluntad de los actores sociales y que es consecuencia de los efectos y acciones recíprocas de los mismos. De ahí que, la disposición amante no debe ser entendida como una elección consciente y racional sino como una disposición socialmente instituida (Bourdieu, 2002) resultado de la acción de instituciones producidas y reproducidas por los sujetos.

En efecto, desde un punto de vista sociológico, analizar las variaciones en las maneras de amar en la actualidad, según el punto de vista de los involucrados, implica tener en cuenta la naturaleza de estas interconexiones entre los dos “extremos”, los cambios en las instituciones modernas junto con los cambios en la intimidad; interconexiones que justifican preguntarse

por ¿cómo se construyen en las sociedades contemporáneas relatos acerca del amor y los vínculos afectivos?

Hallazgos ¿De qué hablamos cuando hablamos de amor?

Si recuperamos nuestra hipótesis general acerca de que los discursos amorosos van a ser diferentes según tres fuentes de regulación o desigualdad, podemos decir que: adultos mayores y jóvenes, hombres y mujeres, profesionales y no profesionales **no reflexionan sobre el amor de la misma manera**. En otras palabras, la manera en que interpretan el amor es diferente de acuerdo a la *generación*, el *género* y el *capital cultural*. Pero, ¿cómo han variado para cada grupo de análisis? La comparación sistemática de los contenidos del amor nos ha permitido identificar los hallazgos que se sintetizan a continuación:

La lectura que personas de las jóvenes generaciones hacen acerca del amor se diferencia, en primer lugar, de la que realizan personas de generaciones precedentes. Y esto, que pareciera una variación esperable y hasta obvia desde un punto de vista sociológico, merece ser explicitada. En las sociedades contemporáneas somos testigos (y protagonistas) de nuevos modos de amar, de nuevas maneras de querer, sentir y expresar nuestros deseos y emociones que pueden ser interpretadas a la luz de un cambio estructural central: el pasaje de un modelo único a la multiplicidad de opciones, lo que, de forma metafórica, se puede representar como el pasaje de un solo camino recto, fijo y prefigurado, a caminos multiplicados plagados de bifurcaciones, encrucijadas y sin mapas a seguir en el terreno amoroso. Desde nuestra perspectiva sociológica, este es el escenario que da sentido a las narrativas del amor.

Pues bien, como se desprende del análisis de los discursos, para los entrevistados nacidos entre 1930 y 1940 -en el marco de lo que se ha denominado la primera modernidad- la pertenencia generacional es un atributo homogeneizador de experiencias, percepciones y expectativas sobre el amor. Son las huellas de esta homogeneidad las que, décadas después, han permanecido en el discurso, según hemos relevado en las entrevistas. En otras palabras, las huellas de una sola experiencia amorosa pensable y posible (lo uno por lo otro) asociada a la misma edad, o si se prefiere, una correspondencia entre la edad tenida como socialmente legítima para amar y los hitos y prácticas esperadas. Todo ello, como explicitamos, está ligado a la temprana (y directa) transición a la vida adulta que han experimentado las generaciones precedentes, resultado entre otros factores, de la coexistencia de instituciones firmes, segmentadas y diferenciadas que les marcaban el camino, o mejor dicho, un camino en el plano afectivo-sentimental.

Y es este entramado institucional el que aparece expresado en sus discursos: los hombres y mujeres de esta generación han aprendido que existen únicos caminos para únicas llegadas, o si se prefiere, únicas maneras de relacionarse u orientarse en el ámbito sentimental. Sus trayectorias estaban de este modo marcadas por hitos fijos, determinados y concatenados: un estadio conllevaba necesariamente a otro siendo el noviazgo, el matrimonio y los hijos, los pasos o secuencias a respetar.

Sin embargo, estos pasos fijos y encadenados, estaban asimismo diferenciados según un atributo biológico: el sexo. Hombres y mujeres tenían asignados su rol en la sociedad: ellas, destinadas al cuidado de los hijos, el marido y el hogar, y ellos, cumpliendo el papel de proveedores económicos exclusivos del hogar. Roles asociados a la división sexual del trabajo que se traducían asimismo, en roles en el plano afectivo-sentimental. Comprender, ayudar, ceder, acompañar y esperar eran actitudes ponderadas de lo que aquel imaginario

consideraba *lo femenino*; lo activo, independiente y autónomo, cualidades dignas y valoradas de *lo masculino*.

Así pues, cada uno de ellos sabía que esperar (y no esperar) del otro, conocían las reglas del juego y sabían que el otro también. Percepción de continuidad y estabilidad institucional, que se relaciona asimismo con la imagen eterna, sólida y trascendente que manifiestan sobre el amor. Para ellos, la relación de pareja es algo sostenible en el tiempo (largo plazo), durable e inmodificable. Dicho de otro modo, una relación de amor es algo susceptible de mantener o conservar hasta que la muerte los separe.

Este imaginario amoroso, basado en un conjunto de prescripciones mayormente incuestionadas e incuestionables no lo encontramos en la cohorte de individuos nacidas entre 1970 y 1980, esto es, en aquellas generaciones nacidas en contexto de segunda modernidad. A diferencia de las generaciones anteriores, para los jóvenes la edad ya no homogeniza experiencias o si se prefiere, no configura un referente *aglutinador* de expectativas y perspectivas en el amor.

Los discursos amorosos de estos hombres y mujeres -que actualmente tienen entre 30 y 40 años de edad- refieren o tematizan sobre la ausencia de transiciones fijas y determinadas en el plano del amor. El camino que se ha abierto para ellos -con entradas y salidas múltiples- se caracteriza de este modo por la ausencia de un único patrón o guía a seguir. Al tiempo que el noviazgo, el matrimonio y los hijos dejan de ser valorados como transiciones concatenadas y obligatorias, la indeterminación de los momentos para la concreción de estos eventos son relatados como hitos susceptibles de autocontrol y gestión. Así por ejemplo, la profesionalización aparece como un estadio previo a la obtención de pareja estable, el matrimonio y la maternidad.

Esto último implica, al mismo tiempo que una deflación de los mandatos y un mayor margen para la autodeterminación, la emergencia de nuevos modelos o patrones a seguir: a partir de ahora, la autoadministración de las trayectorias o carreras de vida en el terreno sentimental configuran la nueva estructura social. Nuevo conjunto de valoraciones que se traslucen en nuevos lenguajes sobre el amor.

Hoy en día, para nuestros entrevistados jóvenes, la concepción del amor basada en la fórmula *hasta que la muerte nos separe*, es reemplazada por la fórmula *hasta que la relación no me haga feliz*. Este discurso da cuenta de una nueva concepción del tiempo respecto a la perdurabilidad de una relación de pareja, que en esta tesis la categorizamos como el relato del *eterno instante*. Con esto referimos a que hombres y mujeres no solo se oponen a una vida *sin vínculos amorosos* -no son abanderados de la soltería- sino que además comparten y expresan el deseo de obtener una relación de pareja estable y perdurable. Ahora bien, este ideal exige al mismo tiempo, un monitoreo constante de las satisfacciones e insatisfacciones que la relación provee, síntoma del declive de las culturas del sacrificio y del deber, presentes en el imaginario amoroso anterior.

Pues bien, de una relación social de pareja interpretada como algo fijo, seguro e inquebrantable, pasamos a una relación de amor entendida y relatada como algo contingente, frágil e incierto, en la que los entrevistados introducen la idea de discontinuidad como parte regular de la vida misma. Así, un vínculo de amor es algo susceptible de sostener -a mediano-largo plazo- pero está siempre abierto a las modificaciones y reglas que la pareja se autoimponga. El desorden afectivo es el nuevo orden social y lo que es, significa y constituye un vínculo saludable es algo que se dirime de a dos, es decir, por ambos miembros de la pareja. Y destaquemos *la pareja*.

Nuestros entrevistados jóvenes, han heredado un contexto donde las posibilidades (y obligaciones) de elección están más allá de las barreras de género. Es decir, las oportunidades de realización de hombres y mujeres -antes rígidas y segmentadas- ahora se han *equiparado* -al menos en términos formales- y esto ha conllevado a una conciencia (reflexividad) de reclamo de una mayor igualdad entre los sexos en el terreno del amor. Unos y otros quieren dar y recibir cariño, unos otros desean una relación sexual placentera, unos y otros quieren crecer y desarrollarse en su vida profesional, laboral e individualmente: dedicándose al hogar y al cuidado de los hijos, o bien incorporándose al mercado laboral y obtener independencia económica.

De este modo, las coordenadas antes firmes, diferenciadas y estandarizadas ahora se han vuelto maleables y plurales para cada uno de los géneros. Los papeles permanecen comparativamente indefinidos y con ello, las expectativas asociadas al rol. Las preguntas sobre el ¿quién? ¿cuándo? y ¿cómo? no tienen respuestas unívocas y el caos del amor se vuelve normal, esto es, regular.

En consecuencia, hombres y mujeres ya no disponen de una única receta que los oriente respecto a cómo proyectar una relación de pareja, que esperar del *otro*, qué *camino seguir* o que *guía aplicar* en el plano afectivo-sentimental. Lo que antes transcurría por vías más o menos definidas y prefiguradas, ahora se somete a reflexión y discusión en el seno de cada pareja; exige ser discutido y acordado. Así, hoy, en el terreno del amor hay menos cuestiones de suposición y más cuestiones de legitimación negociada.

Sin embargo, esta ausencia de patrones claros y certidumbres dadas en el amor, aparece relatada de diferente manera en los discursos de hombres y mujeres jóvenes. Dicho de otro modo, los contenidos del amor o las narrativas amorosas han variado significativamente - desde un punto de vista sociológico- para las mujeres en relación a los hombres.

Como fue indagado en el último apartado, mientras los hombres siguen *aferrados* a las viejas adjudicaciones o papeles tradicionales de género, esto es, cumpliendo el rol de principales proveedores del hogar, siendo el mundo académico y laboral -la esfera pública- su espacio de realización principal; en el imaginario amoroso de las mujeres se trasluce una tensión que estaba ausente en sus predecesoras: la tensión familia-trabajo. En otras palabras, la maternidad o la independencia laboral y profesional son para ellas contenidos asociados al amor.

En este sentido, pudimos indagar que los discursos amorosos de las mujeres de entre 30 y 40 años de edad varían según sus diferentes niveles educativos: no solo sus preferencias y proyectos priorizados difieren de unas a otras sino también las posibilidades de proyectar y concretar una relación de amor. Mientras que en el relato de mujeres profesionales el trabajo y la carrera profesional son dimensiones ligadas (y ponderadas) en su imaginario amoroso, siendo la obtención de una relación de pareja estable un deseo inmediato a satisfacer; en el relato de las mujeres no profesionales, los hijos y la obtención de una pareja estable son dimensiones asociadas a su imaginario amoroso, en tanto el logro o alcance de la independencia económica aparece como un proyecto postergado y deseado.

Lo sociológicamente relevante en este aspecto, es que mientras las mujeres no profesionales enfatizan sobre la posibilidad de concreción de una relación de pareja, en tanto sus deseos, perspectivas y preferencias *conectan* con los deseos, perspectivas y preferencias de los hombres de su edad, las profesionales relatan sobre la imposibilidad de formar una pareja. Para ellas, *no hay hombres* que se ajusten y compatibilicen con sus proyectos personales.

Y este hallazgo nos permitió abrir el siguiente interrogante: ¿por qué las mujeres profesionales sienten que no *conectan sentimentalmente* con los hombres de su misma edad? Se han socializado en el mismo entramo histórico-social, ¿por qué entonces experimentan caminos tan dispares en el amor? Y en la pregunta está contenida la respuesta: no conectan sentimentalmente en la medida en que sus oportunidades, deseos y aspiraciones se han igualado. Sostenemos, que hombres y mujeres encuentran dificultades para proyectar una relación de amor en tanto sus expectativas o perspectivas de pareja ya no son *complementarias*. Unos y otros quieren crecer profesionalmente, quieren colaborar en el hogar, tener hijos y ser económicos independientes. Entonces, ¿quién renuncia a qué? es un indiscernible que los dejaría ante la resolución de algo sentido como un conflicto.

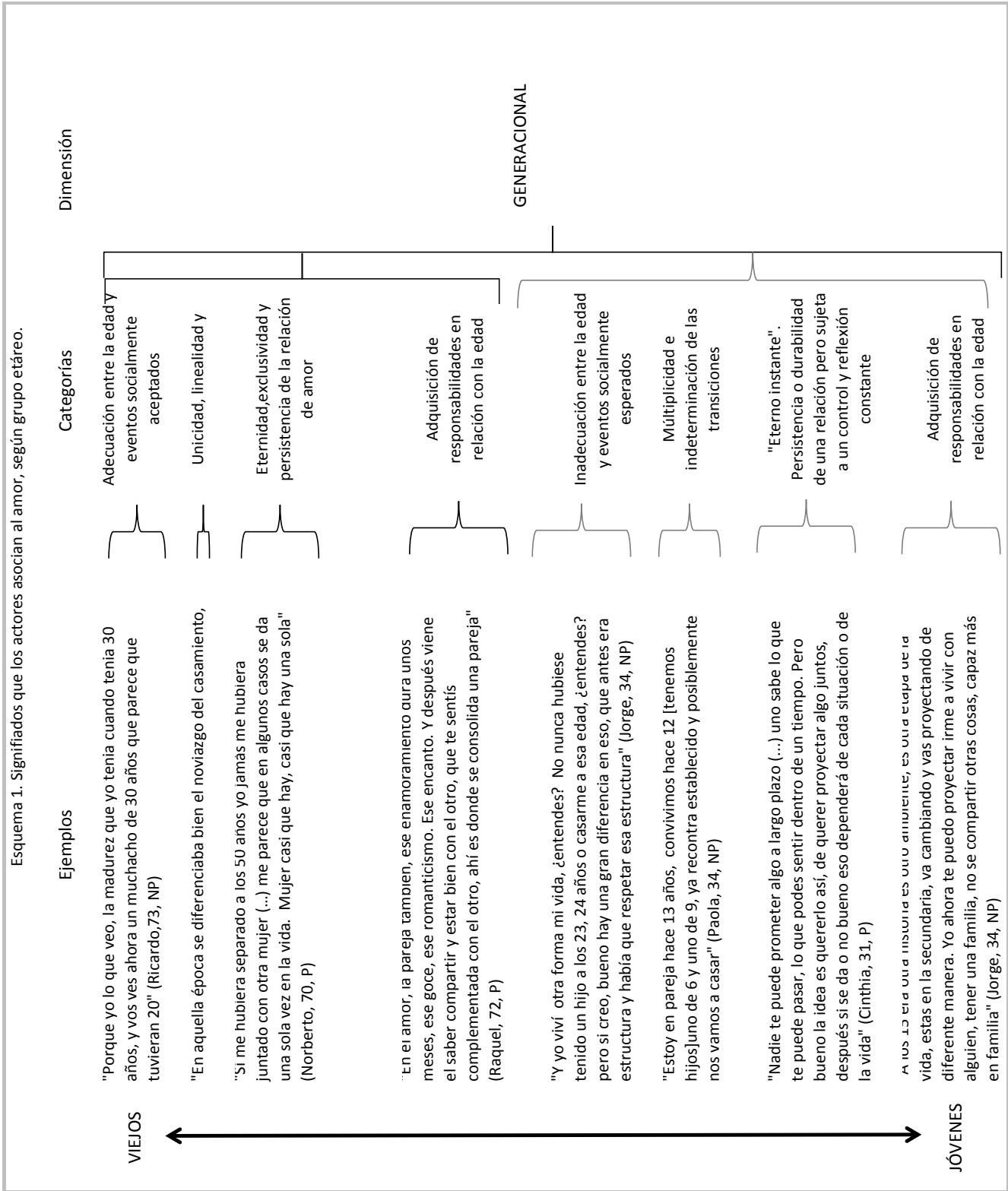
En efecto, a la luz de los relatos indagados, es posible identificar consecuencias no deseadas -como corolario de todo proceso de lucha- del avance logrado en la adquisición de oportunidades y horizontes de realización, especialmente laboral y profesional entre los géneros. La dificultad de entrega a vínculos de pareja intensos (aun internamente referenciales), es un emergente relatado por mis entrevistadas profesionales, que ilustra este tipo de consecuencias.

Antes de concluir con este análisis integrador, resta agregar que si bien encontramos variaciones intergeneracionales así como inter-género e intra-género, en los relatos del amor subyacen contenidos que permanecen relativamente invariantes. Hombres y mujeres pertenecientes a diferentes grupos etáreos y con diferentes niveles educativos enfatizan sobre el aprendizaje que supone -en lo relativo a una relación de pareja- el paso del tiempo en una vida individual, esto es, la edad. Es decir, ellos tematizan sobre la posibilidad (y obligación) de una relación *madura y responsable* una vez que han atravesado ciertas vivencias o superado ciertas etapas de su curso vital. Mientras que la adolescencia es valorada como un período habilitado para relaciones poco comprometidas, la adultez una etapa en la que se deben construir historias compartidas con proyectos a largo plazo.

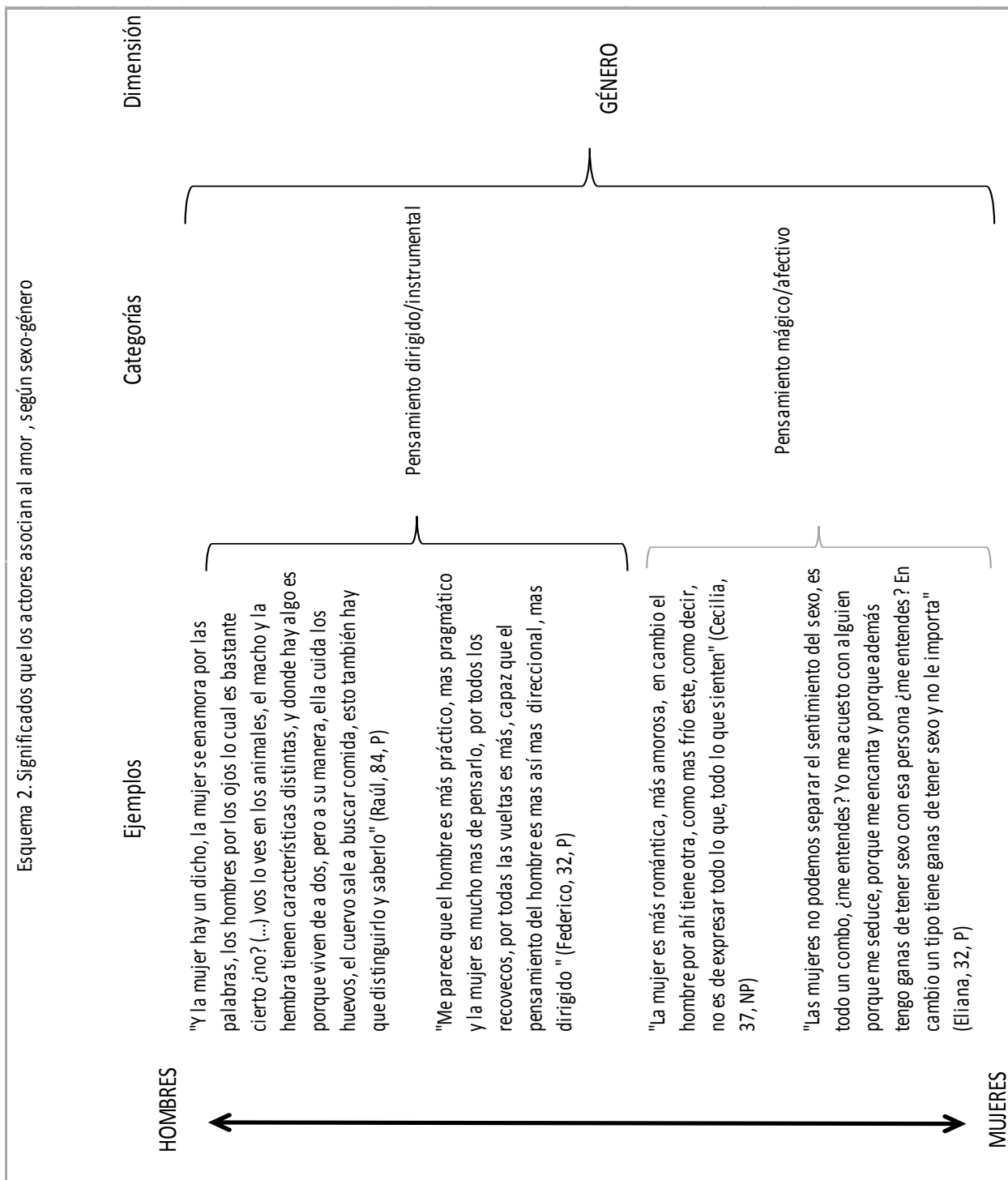
Asimismo, pudimos constatar, a partir del análisis de los fragmentos, que hay ciertos contenidos *esencialistas* que permean el imaginario amoroso. La concepción de que la mujer es -por naturaleza- romántica, sensible, afectiva, intuitiva, atenta y sexualmente *pasiva*, mientras que el hombre es sexualmente activo, racional, práctico y poco afectivo, son percepciones que permanecen vigentes en los discursos del amor.

En los siguientes tres esquemas presentados a continuación, mostraremos las categorías construidas sobre el amor de acuerdo a cada una de las dimensiones o *fuentes de regulación* seleccionadas, usando algunos fragmentos de entrevistados. De este modo, podemos observar cómo sobre la base de los relatos personales llegamos a un mayor nivel de abstracción conceptual.

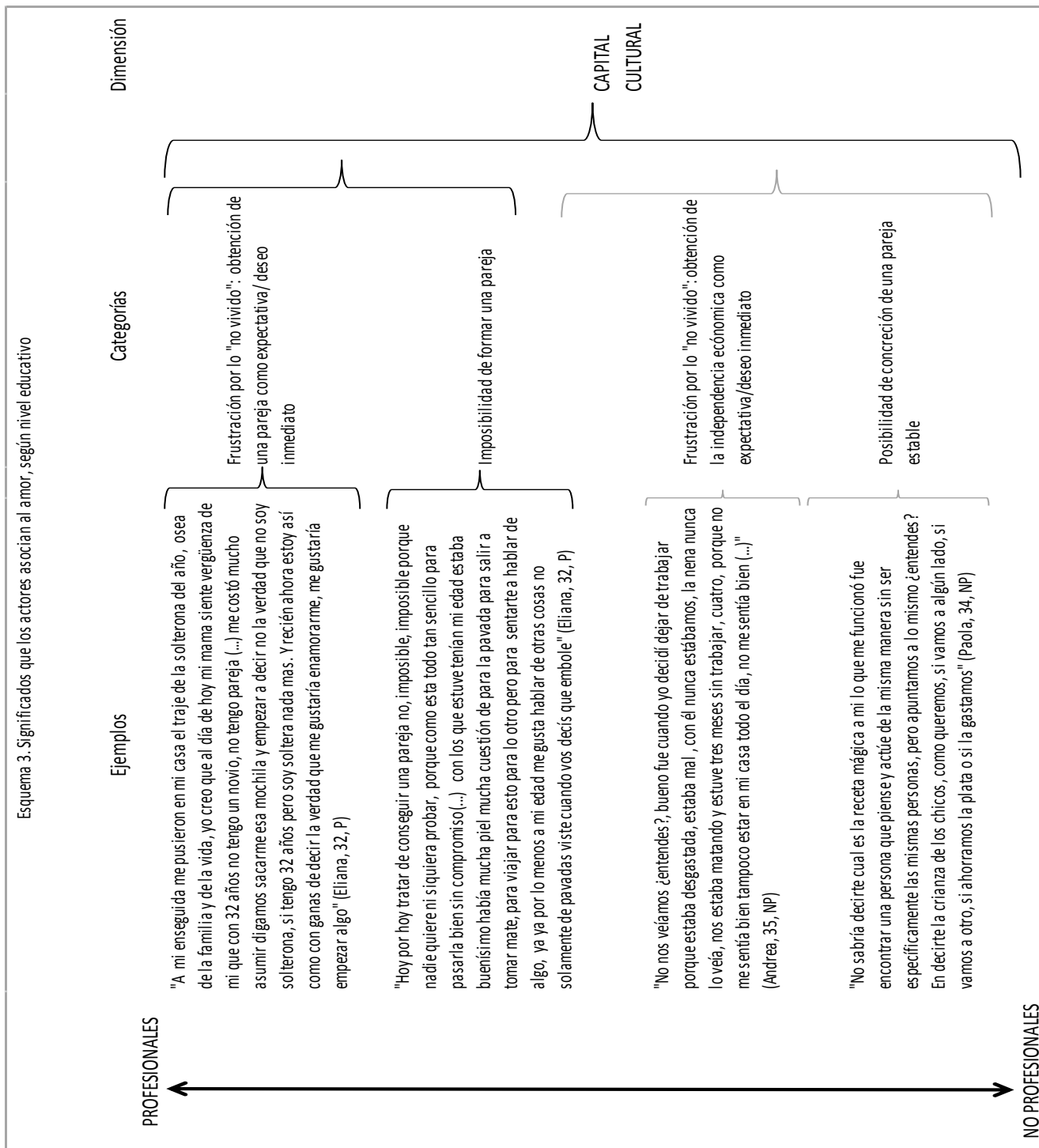
Esquema 1. Significados que los actores asocian al amor, según grupo etáreo.



Fuente: Elaboración propia sobre la base del esquema propuesto por Paula Boniolo (2010)



Fuente: Elaboración propia sobre la base del esquema propuesto por Paula Boniolo (2010)



Fuente: Elaboración propia sobre la base del esquema propuesto por Paula Boniolo (2010)

A modo de conclusión

A partir de los hallazgos antes mencionados, nos interesa cerrar este recorrido abriendo los siguientes interrogantes a la luz de nuestra clave interpretativa:

1) El pasaje de significados amorosos homogéneos- encontrados en los adultos mayores- a significados amorosos heterogéneos- encontrados en los jóvenes-: *¿puede ser interpretado como un proceso de debilitamiento de la edad como institución social?*

No necesariamente. Desde el enfoque teórico trabajado, podríamos decir que la edad regula de manera distinta. Es decir, mientras que para los individuos socializados en contexto de primera modernidad, tener determinada edad, significaba- en el terreno del amor- compartir ciertas experiencias y expectativas, siendo la sincronización y armonización de sus etapas la norma social esto es, la adecuación entre la edad biológica y la edad social; para los individuos socializados en contexto de segunda modernidad, diferenciarse es la nueva regla. El individuo tiene hoy por hoy, la posibilidad (y obligación) de autoajustar su propio reloj en el ámbito del amor y de autogestionar sus tiempos como aparece relatado por los entrevistados.

2) La reproducción del modelo tradicional/esencialista asociado al género en los hombres jóvenes, a diferencia de las mujeres de su misma edad quienes enfatizan sobre una mayor “apertura” de espacios de realización: *¿puede ser leído como mayor empoderamiento femenino?*

Sabemos que hay otras corrientes de pensamiento que leerían estos hallazgos como un mayor empoderamiento y liberación de la mujer de ciertos espacios antes confinados, sin embargo, desde la mirada o enfoque sociológico aquí trabajado, podemos decir que estos hallazgos nos estarían mostrando las huellas o marcas que deja el modelo familiar anterior a la luz de la democratización e igualación de los roles de género. En el ámbito de las sociedades contemporáneas, aparece en el imaginario amoroso femenino la posibilidad de elegir entre nuevos caminos de vida sin que esto implique una desaparición de los roles tradicionales: coexisten de este modo en sus relatos el trabajo y la familia como espacios de realización.

3) La complementariedad de expectativas entre hombres y mujeres de diferentes edades y capitales culturales (con excepción de las mujeres jóvenes profesionales, quienes manifiestan sobre la dificultad de establecer una relación de amor): *¿cómo puede ser interpretado?*

A la luz del enfoque sociológico trabajado, podríamos interpretar que esta dificultad que relatan las mujeres para compatibilizar proyectos de pareja, está ligado a lo anteriormente mencionado. Con el pasaje de la primera a la segunda modernidad se ha producido una transformación en las formas de transmitir, percibir y experimentar el amor socialmente *adecuadas* para cada uno de los géneros. En la medida en que se ha producido una mayor apertura, democratización e igualación en los que respecta a los roles de género, sin que esto implique una disolución o desaparición de los roles tradicionales, la indeterminación y coexistencia de modelos son la nueva estructura social. Y es esta coexistencia (de “esto y lo otro”) e incertidumbre respecto a lo correcto e incorrecto en el ámbito de las relaciones de pareja, la que se trasluce (y traduce) con mayor nitidez en el imaginario amoroso femenino de las jóvenes profesionales.

Más allá de estos interrogantes, entendemos que la presente investigación basada en una perspectiva relacional, aportó conocimiento acerca del modo en que los individuos interpretan y reflexionan sobre el amor en las sociedades contemporáneas. Esta problemática se inscribe dentro de lo que se conoce como *microsociología*, pero que sin embargo no puede abordarse sin referencia a un entramado institucional de más vasto alcance. Así como el suicidio, el secreto, los gestos y los gustos, han sido construidos como objeto de estudio sociológico; el amor, los sentimientos y los afectos (consideradas prácticas tan privadas como las anteriores) pueden asimismo abordarse desde nuestra mirada disciplinar. Y es que socialmente sobre el amor hay algo escrito y sociológicamente mucho por escribir.

Bibliografía citada

- Abric, J-C, (2001). Prácticas sociales y representaciones. Ambassade de France- CCC IFAL.
- Araya Umaña, S (2002). Las representaciones sociales. Ejes teóricos para su discusión. Cuaderno de Ciencias Sociales Sede Académica Costa Rica, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), 127, pp. 1-82.
- Banchs, M, A (2000). Aproximaciones procesuales y estructurales al estudio de las Representaciones Sociales. Escuela de Psicología, Universidad Central de Venezuela. Vol.9, pp. 3.1-3.15.
- _____ (2002). Representaciones sociales y subjetividad. En Furtado, O y Gonzales Rey, F (org.). Por uma epistemologia da subjetividade: um debate entre a teoria socio-histórica e a teoria das representacaos sociais (pp. 43-63). Sao Paulo: Editora Casa do Psicólogo.
- Beck- Gernsheim, E (2003). La reinención de la familia. En busca de nuevas formas de convivencia. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.
- Beck, U & Beck- Gernsheim, E (2001). El normal caos del amor. Barcelona: Paidós.
- _____ (2000). Crítica social del juicio del gusto. En Pierre Bourdieu. La Distinción, Criterios y bases sociales del gusto (1-94). España: Taurus
- _____ (2002). Estrategias de reproducción y modos de dominación. Colección Pedagógica Universitaria. Nº 37-38, pp.1-18.
- _____ (2007). La dominación masculina. Barcelona: Editorial Anagrama.
- _____ (2008). Capital cultural, escuela y espacio social. Buenos Aires: Editorial Siglo XXI.
- Boniolo, P (2010). La trama de corrupción: un estudio en la clase media y en la clase trabajadora de Buenos Aires. Revista Mexicana de Sociología 72, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales, núm. 3, pp. 365-391.
- Cosse, I (2010). Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta. Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores.
- Elías, N (1993). Introducción; Bosquejo de una teoría de la civilización. En Norbert Elías, El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas, (pp. 9-46; 449-532). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Giddens, A, (1997). Modernidad e Identidad del yo. Barcelona: Editorial Península.
- _____ (2004). Consecuencias de la Modernidad. Barcelona: Editorial Península.

_____ (2006a). La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____ (2006b). La Transformación de la intimidad, Sexualidad, Amor y erotismo en las sociedades modernas. Madrid: Cátedra.

Jodelet, D (1979). La representación social: fenómenos, concepto y teoría. En Serge Moscovici, Psicología Social II, (pp. 469-49). Barcelona: Editorial Paidós.

Kaufman, J, C (1999). La ropa sucia. En Ulrich Beck, Hijos de la Libertad, (pp. 211-278). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Mannheim, K, (1993). El problema de las generaciones. Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS). Universidad Complutense de Madrid, nº 62, U P.D. pp. 193-242.

Margulis, M y otros, (2003). Juventud, cultura, sexualidad. La dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Moscovici, S (2002). La representación social: un concepto perdido. Instituto de Estudios Peruanos (IEP) Taller Interactivo: Prácticas y Representaciones de la Nación, Estado y Ciudadanía en el Perú, Lima.

Pantelides, E, A (1983). La transición demográfica argentina: un modelo no ortodoxo. Desarrollo Económico Vol. 22, No. 88 pp. 511-534

Pantelides, E, Geldstein R e Infesta Domínguez, G (1995). Imágenes de género y conducta reproductiva en la adolescencia. Cuadernos del CENEP, Centro de Estudios de la Población, Buenos Aires. Nº51, pp 1-26.

Sautu, R (2003). Todo es teoría: objetivos y métodos de investigación. Buenos Aires: Editorial Lumiere.

REVISTAS FEMENINAS

Mucho Gusto, (1950) año del Libertador General San Martín, Buenos Aires, Nº 40 y Nº41.

Mía, Semanario femenino, (2003) Año XVII, Nº 908.

DIARIOS

Clarín

Página 12

Perfil.com

Uno

LIBRO DE AUTOAYUDA

Norwood, R (2006). Las mujeres que aman demasiado. Como cambiar nuestra manera de amar y así dejar de sufrir. Barcelona: Editorial Zeta.